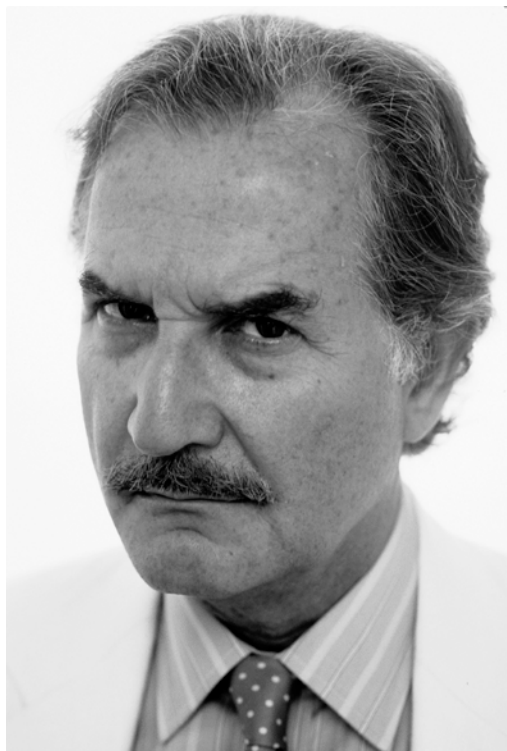




Carlos Fuentes: ambición y energía

Miguel Ángel Flores



Carlos Fuentes en París, 1979
(Photo by Ulf Andersen/Getty Images)

CARLOS FUENTES HABÍA VIAJADO HASTA ARGENTINA para asistir a la Feria del libro de Buenos Aires. Allí, el corresponsal del periódico español *El País* le hizo una entrevista. En ese momento Fuentes había cumplido ya 83 años y parecía infatigable por toda la actividad que desplegaba, que lo mismo abarcaba la redacción de sus libros y ensayos como la promoción de ellos. Había armado bien a todo un personaje que le gustaba estar presente en los grandes acontecimientos literarios y políticos. Las huellas de la edad ya eran visibles en su rostro; casi todos olvidaron en la hora de su muerte y de sus exequias que había sido sometido, hace aproximadamente diez años, a una operación a corazón abierto. Fue asombrosa su recuperación, y también fue asombroso cómo pudo asimilar el dolor que le provocó el fallecimiento de dos de sus hijos, con pocos años de diferencia. Escribía para conjurar la muerte, decía él, pero ésta sin dar signos de advertencia lo alcanzó repentinamente: los anticoagulantes que lo mantenían sano, al final obraron con su efecto letal.

El reportero de *El País* le preguntó que cuál era el secreto de su vitalidad. “El secreto tiene mucho que ver con su pasión por la escritura. Mi sistema de juventud es trabajar mucho, tener siempre un proyecto pendiente. Ahora he terminado un libro, *Federico en su balcón*, pero ya tengo uno nuevo, *El baile del centenario*, que empiezo a escribirlo el lunes en México”. Ese lunes llegó con una sensación de náuseas y un malestar que le impidió sentarse ante su mesa de trabajo. La novela quedó como un libro nonato. Una hora después de haber ingresado en el hospital se

extinguía la vida de uno de los escritores más notables, más destacados, más famosos, más celebrados, no sólo de la literatura mexicana sino de la literatura en todas las lenguas, debido a una hemorragia interna incontrollable. La noticia de su muerte ocupó la primera página de los periódicos más importantes del mundo.

Carlos Fuentes había fabulado sobre la muerte, es el tema central de su obra maestra, *La muerte de Artemio Cruz*, la idea que se había formado de ella estaba impregnada del mito de la muerte de la cultura mexicana, y que es parte de una identidad que tanto le preocupó. En sus palabras había una presencia de lo popular que impregnaba sus ideas: “Aunque se empiece escribiendo para vivir, se termina escribiendo para no morir, para aplazar la muerte, para alejar a esa amiga muy cercana de todo mexicano que nosotros llamamos la Catrina, la Pelona, la Calaca, la Tía de las Muchachas”.

Podemos afirmar que Carlos Fuentes tuvo una biografía privilegiada. Surgió a las letras en un momento en que estaban por definirse muchos rasgos de la cultura mexicana; un momento en que se habían superado los conflictos entre nacionalismo y cosmopolitismo, aunque quedaban vivos los rescoldos que había provocado la polémica de hacia dónde debían inclinarse la cultura y las letras. Su nacimiento tuvo lugar en la ciudad de Panamá y no en suelo mexicano. Esta circunstancia se debió al trabajo de su padre quien era miembro del servicio diplomático mexicano. En unas notas autobiográficas escribió: “Yo crecí fuera de México, en las embajadas que la lotería diplomática fue asignando a mis padres: Río de Janeiro, Montevideo, Washington, Santiago de Chile, Lima, Buenos Aires, y desde ellas siento que perdí ciertas raíces y gané determinadas perspectivas.” Es importante tener presente el aspecto de las raíces perdidas y las perspectivas ganadas, pues ése será el impulso para escribir sus tres primeros libros, sobre todo, el que lo lanzó a la fama a edad precoz: *La región más transparente*.

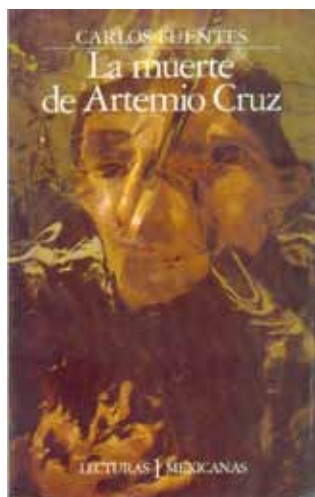
En la capital de los Estados Unidos aprendió una lengua que hablaba con fluidez como si fuera la suya, y descubrió su vocación: “Hice mi propia revista con

dibujos, comentarios, noticias y reseñas de películas. Me ocupé de hacer todo, pero la respuesta que tuve fue desalentadora, sin embargo, a partir de esa experiencia supe que quería ser escritor.”

Durante las vacaciones de verano, con el fin de que no perdiera su idioma materno y se familiarizara con el país al que pertenecía, sus padres lo enviaban a la ciudad de México donde quedaba al cuidado de sus abuelas. Refiere que fueron ellas quienes le enseñaron a contar historias. Escuchándolas aprendió el arte de narrar. Para Fuentes era un choque abrupto cambiar de país. Viajaba por tierra y atrás quedaban las ciudades limpias y ordenadas, un decoro en el vivir que desaparecía al cruzar la frontera para dirigirse al sur donde a su paso surgía el rostro de un país que le parecía enigmático, primitivo, atrasado y caótico. El color, una energía subterránea que se manifestaba también subterráneamente, el sincretismo de una práctica religiosa, la presencia de las flores y las frutas y las fiestas populares, compensaban la impresión negativa que recibía en su viaje a la tierra de sus orígenes.

A los 16 años de edad se estableció en México para estudiar la Preparatoria con los hermanos maristas, en el otrora famoso Colegio México, por cuyas aulas pasaron otros jóvenes que con el tiempo se convertirían, como él, en distinguidos escritores. Fuentes pronto se hizo conocido entre sus condiscípulos, pues, gracias a su pluma, ganaba todos los concursos literarios que organizaba la escuela. Sus estudios profesionales los realizó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Como no podría ser de otro modo, en vista





de los antecedentes familiares, se inscribió en la Facultad de Derecho, donde encontró un grupo de amigos, unidos desde el principio por intereses comunes y por su notable talento para el estudio y su inagotable curiosidad por todo lo que se refería al ámbito de la cultura y la política. Con ellos fundó una revista, *Medio Siglo*. Al concluir los estudios de licenciatura viajó a Europa para continuarlos en la Universidad de Ginebra; su proyecto consistía en especializarse en Derecho Internacional y más tarde incorporarse al servicio diplomático.

Desde Europa empezó a enviar colaboraciones primero para la revista *Hoy* y luego para la revista *Siempre!*, simultánea a esta tarea empezó a escribir los cuentos que formarían su primer libro, *Los días enmascarados* (1954), que en una modesta edición le publicó Juan José Arreola en su legendaria editorial Los presentes. En ese libro estaba la semilla de las obsesiones que desarrollaría en cuentos posteriores y en sus novelas: el viaje a las raíces desde la imaginación y el sueño; el sincretismo de una cultura que no revela su verdadero rostro.

Cuatro años después dio a conocer su primera novela en la que están presentes las dos señas de identidad que fueron centrales en su creación literaria: ambición y energía: *La región más transparente* (1958), en la que el protagonista principal es la ciudad de México en toda su complejidad, una ciudad que deja atrás sus rasgos rurales para convertirse en una metrópoli en la que se

sobreponían y mezclaban con violencia los elementos de la herencia española e indígena con los del México contemporáneo, cada vez más desacralizado. En esa novela expresó los propósitos de su narrativa: contar viejas historias con técnicas nuevas. Así, experimentó con el lenguaje y con las estructuras, lo que llamó la atención de la crítica del país y del extranjero. Su visión de México, su espíritu renovador y su actitud cosmopolita despertaron la polémica. Es necesario señalar que el principio de la celebridad de Fuentes fue posible en gran parte al apoyo que recibió de Fernando Benítez, quien en el suplemento cultural que dirigía, *México en la cultura*, hizo que los libros fueran noticia.

La segunda novela fue la consagración definitiva: *La muerte de Artemio Cruz* (1962). Fuentes se convirtió a partir de entonces en uno de los más destacados escritores jóvenes latinoamericanos. La novela se centra en el destino que tuvieron aquellos que empuñaron las armas para luchar por un orden social más justo y que terminaron inmersos en el pantano de la corrupción y la degradación moral. Artemio se convierte en el emblema de un momento histórico. En esta novela, el experimento narrativo es todo un logro: el novelista nos sumerge en la psique de un personaje que agoniza y que fragmentariamente va recuperando un pasado glorioso que se fue manchando por la lepra de la corrupción. Están en ella bien asimiladas las técnicas narrativas que se habían manifestado en los movimientos de vanguardia que surgieron en las primeras décadas del siglo xx.

A medida que Fuentes escribía más novelas fue construyendo un personaje. En él era indisociable el novelista entregado a su tarea con gran disciplina y el ciudadano fascinado por el poder, sus entretelones y sus artimañas y falsedades. Con otros novelistas latinoamericanos que se propusieron renovar la novela, —Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, dueños de un oficio literario que los hacía salir airoso de

Carlos Fuentes en Londres, 1994.
(Photo by Christopher Pillitz/Getty Images)



las complejidades narrativas en las que se embarcaban—, dio origen a un fenómeno de aceptación crítica y de ventas que fue bautizado por la mercadotecnia con la palabra inglesa *Boom*.

A Fuentes le interesó también el teatro y escribió, entre sus obras más conocidas en este género, *Todos los gatos son pardos* y *El tuerto es rey*. Aún se discute si en verdad funcionan como textos dramáticos. Fue un ensayista literario de primer orden, un gran lector y un gran transmisor de entusiasmos. Entre la segunda mitad de la década de los años sesenta y la primera de los años setenta escribió dos de sus obras más importantes: *Cambio de piel* (1967) y *Terra Nostra* (1975), en la que volcó toda su visión mitológica sobre las relaciones entre lo hispano y lo indígena, y que responde, por su razón, a su ambición y a su energía como narrador. El volumen de sus páginas y de sus elucubraciones sólo demuestra la exigencia a la que somete al lector.

Después, cada vez más, Fuentes adquirió gran proyección internacional como personaje. Se le solicitaba como figura de lujo en coloquios y actos políticos. A veces pontificaba y a veces se enredaba en sus propias mitologías. Su opinión era escuchada y despertaba polémica, y Fuentes se sentía a gusto como el centro de la discusión y la disputa. Pero el escritor empezó a desdibujarse. Sus novelas ya no eran recibidas con aclamación, y algunas de ellas, como *Diana, la cazadora*, son verdaderos actos fallidos. Fue valiente frente Gustavo Díaz Ordaz, y su cercanía al príncipe (en este caso el presidente Echeverría) demeritó su prestigio como escritor de izquierda. Apoyó a la revolución cubana y después le censuró su espíritu represivo. Su utopía política e ideológica se ubicó en la Socialdemocracia. Fue un escritor verdaderamente profesional que siguió

escribiendo a un ritmo vertiginoso: sin pausa, sin descanso. Sin abandonar el ágora que para él era la novela: una asamblea de voces en ocasiones coincidentes, en otras, en discordia, pero todas con el derecho a la palabra. Recibió los premios más prestigiosos a que puede aspirar un escritor, pero se le negó el más importante: el Nobel. Era un expositor brillante y por eso las universidades norteamericanas e inglesas consideraban un gran honor tenerlo como profesor.

A lo largo de su vida, México nunca dejó de ser el centro de sus preocupaciones, sin importar el lugar donde se encontrara. En víspera de cumplir 80 años expresó lo que sentía por su país: «Es un país muy enigmático, y eso es algo bueno, porque nos mantiene alerta, lo que nos anima constantemente a descifrar el enigma de México, el misterio de México, a entender un país que es tan, tan barroco, muy complicado y lleno de sorpresas.»

Dejó instrucción para que sus cenizas fueran depositadas en el cementerio de Montparnasse, en París, donde reposan los restos de sus hijos Carlos y Natasha, lejos del misterio de México, cerca de los escenarios de su novela *Una familia lejana*, en la ciudad por siempre amada: la capital de Francia.

Carlos Fuentes, escritor, nació el 11 de noviembre de 1928; murió el 15 de mayo de 2012.

A manera de epitafio, transcribamos el verso de Mallarmé:

Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change. ■■